



Universidad
Nacional
de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

“Cuerpos enmarcados y espejismos del deseo en la época del filtro. Un análisis psicoanalítico sobre el malestar contemporáneo, el registro imaginario, y la falta en redes sociales”

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Lapunzina, Camila Julieta

Legajo: L-5355/4

DNI: 40120602

Docente responsable: Garibaldi, Haidée

Índice

Agradecimientos.....	2
Resumen y palabras clave.....	3
Introducción.....	4
Malestar en la cultura del filtro.....	6
Imagen, verdad y deseo en la era digital.....	8
La promesa de completud y el retorno del malestar.....	10
Conclusiones.....	13
Referencias bibliográficas.....	15

Agradecimientos

A mi querida Facultad, por los saberes transmitidos y por hacer posible este recorrido.

A mis padres, familia, por la paciencia infinita, el amor y sostén cotidiano que acompañó cada etapa de este proceso a lo largo de los años.

A mis colegas, por el intercambio, la escucha y las risas que hicieron el camino más liviano.

Y a mi compañero, por el impulso amoroso, por creer cuando yo dudé y por acompañarme a concluir este trabajo con más ganas, compasión y deseo.

Resumen

Este trabajo propone una lectura psicoanalítica del uso de filtros digitales en redes sociales y su incidencia en la construcción del yo, la imagen corporal y el malestar contemporáneo. A partir de los aportes de Sigmund Freud, especialmente en “Malestar en la cultura”, y de Jacques Lacan, desde el registro Imaginario y el estadio del espejo, se analiza cómo la imagen filtrada adquiere un lugar central en los modos actuales de subjetivación. Actualmente, las redes sociales no solo median la mirada, sino que, además, producen ideales estéticos homogéneos y fácilmente accesibles. En este contexto, los filtros operan como algo más que un recurso visual: funcionan como una promesa de completud que busca velar la falta estructural propia del sujeto. Si bien pueden generar alivio momentáneo, también intensifican el malestar al confrontar al sujeto con la distancia entre la imagen idealizada y el cuerpo real. Desde esta perspectiva, el uso de filtros se lee como un intento de suturar esa brecha, construyendo un espejismo que, al mismo tiempo que oculta, deja entrever el retorno de lo real. El trabajo concluye con la propuesta sobre el desafío actual de no eliminar estas ficciones, sino interrogar qué lugar dejan para el deseo singular, la historia del cuerpo y las marcas que lo constituyen.

Palabras clave: Imagen corporal – Registro imaginario – Filtros digitales – Malestar contemporáneo – Deseo

Introducción

Las redes sociales han adquirido un papel central en la vida de las personas, moldeando no solo su conexión e interacción con el mundo, sino también cómo son percibidos y presentados ante él. Esto incide en la percepción y autopercepción de la imagen que estructura al sujeto, ya que los usuarios generalmente recurren a la modificación de su imagen a través de filtros digitales; una práctica que, de cierta forma, resuena a la alegoría de la caverna de Platón, si nos interrogamos sobre la percepción, la realidad y nuestro conocimiento sobre el mundo.

Platón, en su metáfora, imaginaba a personas que sólo veían sombras proyectadas en una pared creyendo que eso era la realidad, sin saber que afuera existía un mundo más amplio y verdadero. Así, se puede advertir que muchas veces las personas suelen tomar por verdad cosas que no son tan ciertas: imágenes retocadas que se ven como reales, al observarse la imagen personal a través filtros y pantallas que funcionan como esas sombras, versiones limitadas que pueden confundirse. Entonces, si nos referimos a la construcción del cuerpo para un sujeto: ¿hasta qué punto las percepciones en redes representan la *verdad* acerca de quiénes son los sujetos o de cómo se perciben a sí mismos?

Desde hace ya mucho tiempo, las personas buscaron representarse a sí mismas, capturando su propia imagen aportándoles un sentido: del espejo a la pintura, de la fotografía al retrato digital. Cada uno de estos dispositivos introducen una mediación diferente entre el sujeto y su imagen. Sin embargo, en la actualidad, los filtros no sólo reflejan, sino que transforman, embellecen y homogeneizan los rasgos singulares, produciendo un espejismo que interroga la relación entre el yo, la imagen y el deseo. Por esto, la representación de la imagen corporal y propia resulta ser una operación cultural, no neutral.

John Berger (1972) señala que el acto de mirar no es natural, ni espontáneo: está mediado por estructuras sociales, históricas y de poder. Actualmente, las redes sociales exploran un mundo de imágenes y contenido filtrado por algoritmos y retroalimentaciones varias (*likes*, seguidores, visualizaciones, etc.), introduciendo un nuevo tipo de caverna: una digital. Es decir, los sujetos se miran a través de dispositivos, y, a su vez, se moldean en función del modo en que creen que los demás los miran.

Los filtros moldean la experiencia que se comparte en línea, a través de una lente que solo muestra una parte seleccionada de la realidad –aquello que los propios usuarios quieren mostrar–, permitiendo alterar la apariencia y presentar una imagen idealizada de sí mismos, multiplicando los posibles significados que puede asumir una fotografía.

Si realizamos una búsqueda en Google sobre qué es un filtro, se destaca la definición de Filter Maker –que aparece con mayor relevancia–, que dice:

Un filtro en las redes sociales es un contenido de realidad aumentada que permite integrar elementos virtuales en el mundo real e interactuar con dicho contenido. Actualmente, son los contenidos de realidad aumentada más utilizados, ya que las redes sociales han logrado popularizar el uso de efectos de RA. Así, se trata de un formato de contenido similar a una foto o video, pero aún más atractivo y capaz de generar contenido generado por el usuario. (2020, párr. 16)

Como vemos, lo virtual es aquello que tiene la virtud de producir un efecto, frecuentemente en oposición a lo efectivo o real. Los filtros, tanto literales como figurativos, se utilizan para *mejorar*, retocar y moldear aquello que compartimos en línea. Por lo tanto, estas imágenes sirven para dar un mensaje, y tienen efectos en la construcción del yo. No constituyen sólo un recurso estético, sino un dispositivo cultural con efectos subjetivos.

Al indagar posibles investigaciones sobre esta cuestión, no aparece ningún estudio específico que refiera a la constitución del yo a partir de la utilización de filtros en las redes sociales. Lo que sí surgen son algunas investigaciones que remiten al impacto en la imagen corporal y la construcción de la identidad, o bien a estereotipos en redes (Perisutti, 2018;

Vergara González, 2020; Berri, Góngora, 2021; Borgetto, 2022; Ferreira Akerman, Callegaro, 2022; Murillo Agudelo, 2022), aunque no se ve enfocado el asunto de un modo más detenido. Si lo analizamos desde los aportes que el psicoanálisis puede realizar respecto a las imágenes y la afectación en la construcción del yo del sujeto por el uso y consumo de estas imágenes editadas, se observa solo una excepción, en un estudio que aporta un novedoso concepto de *virtualidad yoica* (Mota Leyva, 2023), y que resulta valioso para tomar en consideración al trabajar esta temática.

La proliferación de plataformas como Instagram, Snapchat y TikTok ha llevado a la popularización del uso de filtros, así como también el hecho de que cada vez más celulares traen la opción *mejorar imagen* previamente activada en sus cámaras, directo de fábrica.

Esta práctica plantea cuestiones interesantes en el campo de la psicología, especialmente cuando se analiza desde la perspectiva de Sigmund Freud en “Malestar en la cultura” y desde el concepto del registro Imaginario de Jacques Lacan –anudado con los otros registros, Simbólico y Real, ya que resultan desarticulables–, así como su teoría del estadio del espejo, el cual aporta claves para comprender cómo la imagen funciona como sostén, pero también como fuente de alienación. Asimismo, autores contemporáneos como Gerard Pommier, Norberto Ferreyra y Martín Alomo permiten situar cómo las imágenes digitales se inscriben hoy en un régimen de verdad y en espacios virtuales que condicionan la subjetividad.

En gran parte, estos filtros eliminan los rasgos más propios e individuales de un sujeto (como pueden ser las pecas, cicatrices, rasgos distintivos, etc.), en función de homogeneizar bajo el mismo ideal de belleza imperante en ese momento. Además, pueden responder al deseo silencioso pero insistente del borramiento de las marcas del tiempo, al prometer una piel y gestos sin huellas. Al presentarse bajo la forma de *ser otra cosa* o *ser otro cuerpo*, el filtro no solo embellece, si no que borra lo singular, aquello propio de la historia.

Muchas veces, la imagen filtrada comienza a funcionar como un avatar, un doble digital, sin fallas y sin fisuras. Como un yo virtual que no envejece, no enferma, no se equivoca, solo se amolda a lo que la red social ofrece. Así, podremos pensar el lugar que ocupan las imágenes en nuestra cultura actual, y en cómo esta edición puede estar asociada a un malestar de época, generando muchas problemáticas que luego se materializan en intervenciones o consultas quirúrgicas donde algunas personas pretenden lucir igual que la imagen retocada.

Si bien a lo largo de la historia de la humanidad se siguieron lineamientos estéticos e ideales de belleza, hoy en día las redes sociales actúan como un espejismo más que como un espejo, al no reflejar la verdadera apariencia, y generar una cultura de validación social basada en la imagen. La exposición prolongada a una versión filtrada de sí mismos, incide en el modo en que los sujetos se perciben y ven el mundo, generando un nuevo malestar de época. Por esto, el objetivo de este ensayo será analizar el estatuto que adquiere la imagen en la construcción del yo a partir del uso de filtros digitales en redes sociales desde la lógica del psicoanálisis.

Malestar en la cultura del filtro

El malestar no es un accidente: es la estructura misma del deseo.
Jacques Lacan

En “Malestar en la cultura” (2013), Freud problematiza por el motivo que genera que las personas se sostengan en una cultura, así como cuáles son las fuentes del psiquismo que posibilitan su permanencia, ya que muchas veces conlleva soportar cierto malestar por las reglas que impone. Lo que responde es que este malestar se justifica en pos de “un sentimiento de indisoluble comunión, de inseparable pertenencia a la totalidad del mundo exterior” (p. 3), el cual se sostiene por la instancia psíquica del yo, que se presenta como algo independiente unitario, bien demarcado frente a todo lo demás; aunque esa apariencia, nos advierte Freud, es engañosa. El yo está constantemente negociando entre las demandas internas del ello y las presiones externas de la realidad, incluidas las demandas y expectativas de la cultura y la sociedad en la que el sujeto se inscribe.

El superyó, que comprende tanto el aspecto moral como el ideal, puede imponer demandas y expectativas basadas en las normas culturales y sociales, que pueden influir en cómo se forma y se comporta el yo; por ejemplo, los ideales culturales de éxito, belleza, moralidad y comportamiento aceptable socialmente. En este sentido, los filtros pueden entenderse como un modo de medición a ese ideal de belleza socialmente propuesto, ya son presentados de antemano por las distintas plataformas, siendo muy similares unos con otros, con rasgos que se definen como “bellos”, simétricos, limpios.

Generalmente, se borran las marcas singulares, como si se pretendiera homogeneizar la belleza a un arquetipo ideal, al modo de ser de una muñeca; como si se intentara una fijeza a aquel ideal impuesto, frente a aquello que se modifica con el tiempo y subjetiviza y diferencia.

Al vivir en una cultura, cada sujeto debe renunciar a la satisfacción inmediata de sus pulsiones, y esta renuncia no se limita al plano de los actos, sino que alcanza también a la forma en que el sujeto se representa a sí mismo y es representado por los demás. Al imponer ideales de belleza, éxito o conductas, la cultura orienta los modos de presentación del yo y genera un campo de comparación constante. El conflicto surge cuando la realidad no se adapta a ese Ideal que se ve en las imágenes retocadas a través de la pantalla. Debido a que el yo se encuentra constantemente equilibrando las exigencias y expectativas internas y externas, pueden ocurrir conflictos internos cuando las demandas del ello entran en tensión con las demandas del superyó o de la realidad externa, tal como señala Freud (2013).

El uso de filtros en redes sociales puede verse como una manifestación de este conflicto, ya que permiten a los sujetos transformar su apariencia de una manera que se acerque a los estándares de belleza idealizados, lo que puede proporcionar una sensación momentánea de satisfacción y felicidad al obtener una imagen más atractiva (para las redes sociales, aquellas que incentivan mayores cantidades de *likes*), pero que luego causan malestar al no ajustarse a la imagen real de quien los utiliza. Además, estos estándares se modifican constantemente, lo que obliga a los sujetos a percibirse de forma distorsionada para encajar, cada vez que la dinámica y la oferta estética cambian.

Al respecto, podemos agregar que Freud (2013) argumenta que “la satisfacción se obtiene en ilusiones que son reconocidas como tales, sin que su discrepancia con el mundo real impida gozarlas” (p. 16). Tanto en el mito de la caverna como en la sociedad que describe Freud, los individuos están sujetos a ilusiones y restricciones que pueden distorsionar su percepción de la realidad. Los filtros y las imágenes cuidadosamente seleccionadas se convierten en una especie de *cultura virtual* que impone normas y expectativas acerca de los modos en que los sujetos deben presentarse o percibir a los demás.

Los filtros, es cierto, aportan sentido de realidad a la imagen del sujeto, permitiendo una sensación de tranquilidad por pertenecer a esa realidad *común*, compartida en las redes sociales. Pero también, debemos tener en cuenta que esto no se corresponde

totalmente con la imagen real del sujeto, y es en ese intervalo donde se inscribe un nuevo malestar de época.

La proliferación de fenómenos como la dismorfia corporal digital o la llamada *selfie dysmorphia* —casos en los que pacientes solicitan a los cirujanos estéticos parecerse a sus propias fotos retocadas, o en declaraciones de famosos que aluden al problema que les genera mirarse al espejo luego de mirarse por tanto tiempo a través del celular— muestran cómo los filtros pueden aliviar momentáneamente, aunque luego intensifiquen el malestar cultural y subjetivo. En este sentido, si bien los filtros comenzaron siendo divertidos, graciosos, alejados de una imagen de belleza (como con orejas de perro, de payaso, etc.), hoy en día pueden pensarse como dispositivos culturales que, al prometer encarnar el ideal de belleza vigente, colocan al sujeto frente a la imposibilidad estructural de alcanzarlo en su totalidad. Así, actualizan, en una clave contemporánea, el malestar que Freud describió como inherente a la vida en la cultura.

Debemos interrogarnos sobre ese intervalo, es decir, ese espacio entre el uso del filtro y el reconocimiento en el espejo, ya que su uso indiscriminado podría llevar a un conflicto interno y generar un malestar inédito. Freud (2013) dice, al respecto de la belleza, que esta “no tiene utilidad evidente ni es manifiesta su necesidad cultural, y, sin embargo, la cultura no podría prescindir de ella” (p. 18). Esto nos permite pensar que, en cierto sentido, los filtros nos protegen de la exhibición total en redes sociales (sucediendo lo mismo al salir con maquillaje, peinados, aliñados), aportando una máscara o escudo que permite relacionarnos con los demás de una forma más “segura”. Pero queda ubicar al malestar que genera el hecho de que esto no se adecúe completamente con la experiencia subjetiva luego, ya que los ideales se han vuelto demasiado exigentes, variados e inalcanzables en lo real.

Si Freud sitúa el malestar en la tensión entre la pulsión y la cultura, la teoría de Lacan nos permitirá pensar cómo esa tensión se encarna en la imagen del cuerpo y en la relación con la mirada del Otro. En el estadio del espejo, Lacan describe cómo el sujeto se reconoce en una imagen externa que nunca será completamente suya, creando una distancia entre el ser y el parecer. Por lo tanto, los filtros generan una imagen del yo que no es total ni real, pero que, sin embargo, se vuelve un referente hacia el cual el sujeto busca alinearse. Es decir, funciona como si en la modernidad se buscara soslayar el malestar acercándose al bienestar de la imagen al alcance de un *click*.

Imagen, verdad y deseo en la era digital

Entre el cuerpo que se ve y el sujeto que se dice, hay una distancia que no se cierra.
@Sujeto_delinconsciente

En el contexto de las redes sociales, las normas culturales se magnifican, ya que la imagen proyectada en línea se convierte en una especie de ideal a seguir, y en cierto punto, de fácil acceso a todos. Como vimos, la búsqueda constante de validación a través de *likes* y comentarios puede generar una sensación de insatisfacción constante, haciendo aún más grande la brecha entre la realidad del sujeto y la imagen que se proyecta en redes.

Desde la perspectiva de Lacan y a partir de su teoría del estadio del espejo presentada en sus *Escritos* (1981), podemos comprender cómo las redes sociales actúan como un reflejo virtual en el que se busca validación y se construyen las identificaciones. En la lógica que se inscribe en las redes, la imagen juega un papel central, ya que se comparten fotos, videos y contenido visual que representan una versión idealizada de aquello que se considera como “realidad”.

El estadio del espejo da cuenta de un proceso donde el niño, al mirarse en él, se identifica con una imagen unificada de sí mismo, a pesar de su fragmentación interna. Es decir, el yo imaginario se construye sobre una ilusión de completitud y perfección que nunca es plenamente alcanzada, lo que genera una constante búsqueda hacia esa imagen idealizada. Lacan señala que este estadio sostiene al sujeto permanentemente captado y cautivado por su propia imagen (Evans, 1996).

Por lo tanto, se ve implicada la presencia y la mirada de otro semejante, que puede ser la madre, el padre o cualquier otra persona significativa, quien le confirma al niño que esa imagen que ve es él mismo, y quien le transmite cierto interés por su existencia. De esta manera, el niño se identifica no solo con su imagen, sino también, y en primer lugar, con la imagen (externa) que el otro tiene de él. Así, la imagen constituida permite identificarse y sostenerse frente a los demás, pertenecer, poder decir “este soy yo” y construir el yo como una instancia psíquica que representa al sujeto ante sí mismo y ante los demás.

Como esta identificación es primeramente imaginaria, además de ser originaria, es en sí profundamente alienante: tiene una matriz de yo ideal; eso jamás se alcanza (Blasco, 1993). Entonces, esa apropiación no es neutra, el precio que se paga es una profunda alienación a la imagen, de otro, o bien, a la propuesta por otros. Es decir, en ese instante inaugural al sujeto se lo introduce en una red de miradas: la propia, la del semejante y, sobre todo, la del Otro; ya que la imagen necesita ser sancionada o validada por la mirada del Otro simbólico para volverse propia. Planteado de esta manera, el asunto desemboca en que esta imagen en el espejo es, en última instancia, una ilusión, ya que no refleja completamente al sujeto en su totalidad, por lo que éste continuará en busca de una unidad que nunca podrá alcanzar por completo.

Los filtros pueden ser leídos como una actualización de esto, la imagen que se proyecta y se valida a través de *likes*, ya que ofrecen una imagen embellecida y coherente, reforzando la ilusión de completitud. Sin embargo, esa unidad es ficticia, virtual: cuanto más se aproxima a la imagen ideal, más evidente se vuelve la distancia con el cuerpo real. Esa distancia, sostiene Lacan (2006), que es la que sostiene el deseo, cuando parece borrarse —cuando el filtro promete la completitud— surge la angustia. Así, se construye una realidad compartida que, aunque no es real, se vuelve parte de lo que define al sujeto, complicando la distinción entre lo propio y lo ajeno.

El registro imaginario de Lacan refiere a la construcción de la subjetividad y la imagen; con esto, los filtros pueden entenderse como una herramienta que ayuda a construir una imagen idealizada del sí mismo, que encaja en los estándares de belleza y perfección (pre)establecidos de antemano y disponibles para su uso, cuando estos se ponen de moda o en tendencia. En psicoanálisis, el Ideal del Yo designa ese punto de referencia externo (la instancia que observa, compara y evalúa), desde donde el sujeto se mide y se juzga. Es el lugar del Otro que dice lo que es bello, correcto o deseable. El Yo

Ideal, en cambio, es la imagen narcisista de perfección que se fantasea encarnar: un cuerpo sin fallas. Ambos mantienen al sujeto entre lo que cree que debe ser y lo que nunca alcanzará.

La mirada de aquel semejante refleja, compara, y devuelve al sujeto una versión de sí mismo que funciona siempre sobre el trasfondo de la mirada del Otro simbólico, que opera desde un lugar tercero. Esa mirada tercera es la que ordena la identificación, hace que esa imagen se vuelva habitable. Pero en esa operación también hay un resto, el cual Lacan nombra como objeto *a*: lo que queda por fuera de la imagen, lo que no se deja capturar ni por el espejo ni por la mirada del Otro. Ese pequeño punto de fuga —de deseo, de falta, de desajuste— es lo que el yo intenta tapar una y otra vez. Y aquí es donde los filtros operan como el velo que busca cubrir ese resto, aquello que no encaja en el Ideal.

La promesa de completud y el retorno del malestar

Comprendí, mi cuerpo comprendió, que nunca perderé todo y que si gano,
no ganaré nunca sin perder.
Juan-David Nasio

Lo que se plantea a partir de Lacan es que el sujeto antes de mirarse, es mirado. Por esto, las redes sociales, plagadas de interacciones y retroalimentaciones al instante, radicalizan esta lógica: el sujeto ya no se mira solo, sino que se mira en la mirada multiplicada de los demás (a través las visualizaciones de otros). El filtro se convierte en un modo de anticipar y modular esa mirada externa, buscando su aprobación y sabiendo de antemano cómo conseguirla.

Si en otras épocas el ideal o modelo de belleza era estático y distante (por ejemplo, con las Venus clásicas o las estrellas del cine), hoy eso es mutable, inmediato y “democratizado”, pero también, y por esto, más exigente. Se transforman según la moda, los algoritmos que las propias redes crean, y las tendencias cambiantes semana a semana.

Como ya señalaba John Berger en su documental de 1972, *Maneras de ver*: “Estamos rodeados de imágenes de una alternativa manera de vivir que estimulan nuestra imaginación”. Este lenguaje de palabras e imágenes llama permanentemente a alcanzarlos con un *click*.

En este punto, conviene distinguir entre modelo e ideal: el modelo es la forma concreta para imitar (el filtro del momento, el rostro en tendencia, el estilo); el ideal, en cambio, es la exigencia más profunda que organiza qué debe valer como bello, correcto o deseable. Por eso, como señalaba Berger, las imágenes contemporáneas no solo muestran, *prometen*. Ofrecen modelos disponibles para todos, pero sostenidos por ideales que no son elegidos por los sujetos y que los convocan a ajustarlos una y otra vez. El malestar sucede cuando esa distancia se hace evidente y esa imagen no se alcanza: no es solo que el modelo sea inalcanzable, sino que el ideal que lo sostiene nunca puede ser saturado. El yo, sostenido en ese imaginario de ficción visual, entra en conflicto: ¿quién y cómo soy realmente? El resultado puede ser: malestar, miedo, e incluso evitación de la propia imagen “no retocada”.

Este fenómeno va más allá de lo estético o la moda: se juega la operación misma de velamiento con la que el Imaginario cubre lo Real. Si bien puede entenderse como un recurso inocente estético o de entretenimiento, en verdad es la respuesta a una necesidad estructural del sujeto dentro de la cultura. Por esto, queda preguntarnos sobre qué Real se soslaya detrás de este fenómeno del uso de filtros que modifican la propia apariencia.

Lacan en su *Seminario 10* (2006) señala que “la angustia no es sin objeto” y que su objeto aparece allí donde se anula la brecha con el objeto *a*. Podemos pensar que los filtros prometen colmar esa distancia: ofrecen una versión perfecta del yo, sin resto. Pero al confrontarse con su cuerpo real, esa ilusión se derrumba y aparece el malestar.

Como advierte Lacan (2006): “Al exigir ser reconocido, allí donde soy reconocido, no soy reconocido sino como objeto” (p. 33). En redes sociales, se corre el riesgo de quedar reducido a la imagen que circula en pantalla, atrapados en una lógica de objetivación. El reconocimiento llega bajo la forma de *likes*, pero el costo es no ser reconocido como sujeto deseante, sino como un objeto visual —sin fisuras o defectos— para el Otro. Lo que parece perseguirse es poder reacomodar ese malestar que retorna constantemente cuando aquello que no ingresa en el lazo social insiste en manifestarse.

Además, la lógica de las plataformas convierte esa escena en escenario global: el yo queda expuesto en una representación que circula sin control, donde la frontera entre lo íntimo-privado y lo externo-público se vuelve difusa. El sujeto se identifica tanto con la imagen proyectada —*i(a)*— como con el deseo que se juega en ella (*a*), pero nunca logra apropiársela del todo.

Actualmente sucede una mutación del régimen de verdad. Podemos profundizar estos análisis valiéndonos de algunos conceptos que aparecen en el *Seminario 17* de Lacan, como los trabaja Ferreyra (2016): el primero que nos puede servir es el concepto

de Alethosphere, un lugar donde se va a alojar todo aquello que está en relación con la verdad formalizada de la ciencia. El término viene de *aletheia*, “verdad”, es decir, que hoy en día nos movemos con relación a las verdades que pueden ser reducidas, formalizadas, a partir de lo que fundamenta la ciencia.

La verdad ya no se articula principalmente por la palabra del sujeto, sino que circula como imagen, dato y algoritmo. A través del celular, se muestra un espacio donde la verdad aparece bajo la forma de sobreexposición, saturación de imágenes y exceso de visibilidad. En este marco, los filtros no se entienden como meras “ficciones”, sino como versiones socialmente aceptadas.

Siguiendo esta línea, podemos valernos también del concepto de Lathouses: “objetos, productos fabricados con relación a esas verdades que se desprenden de la ciencia. Son los productos que existen como objeto *a* en la alethósfera, son objetos que se fabrican para funcionar como *a*” (Ferreyra, 2016, pp. 54-55). Estos espacios donde el sujeto aloja una versión deseada de sí mismo, los filtros, en realidad son una imagen que a la vez protege y expone. Estos lugares funcionan como refugios imaginarios, pero también como escenarios de confrontación con la falta.

Ferreyra (2016) agrega que estos elementos se encuentran funcionando en el interior del malestar, tienen que ser aptos para eso, entendiendo funcionar como objeto *a* en términos de poner algo en el nivel de la causa, por fuera del sujeto. Si bien se establece una distinción, que “las lathouses son objetos fabricados, y no proceden de un ser viviente, ni son restos, sino productos de la ciencia” (p. 64).

Hoy en día, los filtros marcan e imponen un modo de ser y habitar el mundo (el real y el digital), habilitando un nuevo lazo social. Al respecto, un artículo sobre lazos sociales (Alomo, 2015) permite entender cómo estos nuevos objetos que se proponen como oferta de goce se multiplican permanentemente, tratándose, ciencia y tecnología mediante, de mercancías sofisticadas: “La ciencia, a partir del cálculo con el número, es decir alejada de la evidencia de un materialismo sensorial, produce ahora objetos insustanciales, aunque no por ello menos subyugantes y encantadores, sino todo lo contrario” (p. 170). Con esto, el autor alude a que parecería ser que el sujeto olvida que está determinado en el discurso como objetos *a*.

Actualmente, todo está hipotéticamente al alcance de todos, por eso, queda preguntarnos si realmente se alcanza —efectivamente— ese ideal de belleza con un *click*. ¿Se trata de una nueva forma de angustia, ya no por la falta, sino por estar atrapados en un exceso de imágenes que simulan completud?

Alomo (2015), define que “la letosa es un artefacto que se le ofrece a la mano, al sujeto, para no encontrarse con la castración. Por esta vía, tenemos a la letosa al servicio del no querer saber de la castración” (p. 172). Al respecto, lo que parece soslayarse de lo real en el uso de estos artefactos es aquello del cuerpo que no puede reducirse a una imagen, aquello que no es representable, que no obedece al ideal, lo *indomesticable*.

En su *Seminario 17*, Lacan (1992) advierte que el sujeto se inscribe en el campo del Otro a través de los discursos que lo sostienen. En la actualidad, ese Otro ya no es sólo simbólico: tiene cuerpo de dispositivo, algoritmo y está filtrado por esos mismos datos. Así, estos medios digitales regulan los lazos sociales, así como los modos de visibilidad y subjetivación de sus propios usuarios. En este contexto, en la Alethosphere, la autenticidad ya no se mide por lo que se dice o experimenta, sino por la imagen que se logra proyectar y sostener ante la mirada del Otro digital. Parecería ser que el filtro intenta tapar el hecho de que no hay imagen que complete al sujeto.

Lacan distingue, al respecto, entre lo que el sujeto percibe dentro de esta esfera y lo que, sin advertirlo, lo opera. Aquello que mira constantemente en la pantalla, también lo mira; el sujeto que cree dominar la imagen termina siendo moldeado también por ella. De este proceso surgen las *letosas*: objetos fabricados por la ciencia para capturar el deseo, creaciones destinadas a provocar goce y a perpetuar la ilusión de completud. Estas, están llenas de la voz humana que ordena “gozá, comprame, mostrate” (Alomo, 2015, p.171).

Los filtros prometen recubrir los defectos, las marcas, en definitiva, la falta, aunque en este mismo movimiento la revelan: cuánto más la cubren, más delatan su presencia. Se

intenta cubrir esa no-coincidencia entre lo que un sujeto es y lo que buscaría ser, el Ideal del no-paso del tiempo, al borrarse las marcas que lo revelan.

En esta lógica, lo que antes se articulaba en el discurso ahora se materializa en la imagen; lo que antes era síntoma, ahora se vuelve dato. Esta imagen filtrada opera como un signo dentro de la Alethosphere, donde la identidad se construye a partir de representaciones editadas. El filtro promete un bienestar, pero termina ofreciendo otra cosa: una vía para suspender, por un momento, la intrusión de ese malestar estructural que Freud planteaba por vivir en la cultura (que exige renunciaciones).

Lo que sabemos es que lo renunciado retorna como malestar, por esto, vale preguntarse: ¿qué se renuncia con el uso de filtros y qué reforma bajo esa operación de borrado de la imagen? Ya que el malestar no se resuelve; simplemente se difiere, se desdibuja, se viste de las tendencias del momento. El cuerpo envejece, recibe marcas, cambia, se enferma, tiene asimetrías, “imperfecciones”. Ese cuerpo —no ideal— es lo que la cultura intenta *angelizar*, como dice Pommier (2000).

Siguiendo esta línea, la posmodernidad promueve la construcción de un cuerpo liviano, que tiende a desmaterializarse bajo el imperativo de la imagen. Lo que se pone en juego es el ideal de la inocencia en relación al deseo: en el permanente *scrolling* de imágenes en las redes sociales, donde se pasa rápidamente de una noticia terrible a una publicidad o un *influencer* hablando sobre su vida exitosa, el sujeto no se entera de su deseo, aquel que es siempre singular, el que no se ajusta del todo a la moda o a los ideales colectivos.

Hoy en día se observa un borrado de lo que sucede, una visión filtrada de la realidad que hace dar cuenta que no sabemos qué es lo que pasa. Frente a la imposibilidad de alcanzar una satisfacción plena, la época actual ofrece imágenes que prometen reducir esa tensión, es decir, el deseo queda solapado por mandatos estéticos impersonales (“lo uso porque se usa”, “es lo que queda bien”, “esto funciona en redes”). Se omite el deseo singular, reemplazado por un deseo homogeneizado, producido por la Alethosphere.

Pommier lo describe gráficamente:

Al dictar la ley desde lo alto, el ideal anclaba la carne en la tierra. Y si el ancla se corta, los cuerpos, reducidos al conjunto de sus funciones, se desunen, ya que solamente el ideal, tan ficticio como eficaz, hacía que se mantuvieran como una totalidad: ahora, desarrumados, cada vez más numerosos y transparentes, flamean y flotan. (2000, p. 12)

Sin embargo, la insistencia de lo Real, muestra los límites de estas operaciones. El cuerpo real, con sus marcas, diferencias y falta, no desaparece. Según los autores que tomamos, en la clínica, esto se observa en la insatisfacción, angustia, dificultades para sostener el deseo propio e incluso la modificación corporal permanente. Esta tensión muestra que, aunque la tecnología ofrezca modos de aliviar esa incomodidad, ninguna operación sobre la imagen puede anular la falta que constituye al sujeto, es decir, la particularidad subjetiva de cada uno.

Conclusiones

La representación sostiene un mundo,
su puesta en suspenso lo deja caer o lo pone en cuestión.
Osvaldo Arribas

A lo largo de este trabajo se abordó el uso de filtros desde una lectura psicoanalítica, como vía de acceso para observar ciertas coordenadas del malestar contemporáneo. Más allá de pensarlos únicamente como recursos estéticos o herramientas virtuales, se propuso comprenderlos como operadores subjetivos que inciden en la construcción del yo, la relación con el cuerpo y las modalidades actuales del deseo. Es decir, al ajustar su imagen, el usuario modula también cómo desea ser visto, creando una *imagen deseada* que se coloca estratégicamente en la intersección del deseo del Otro y el propio. Y esto, a partir de los aportes de Freud, produce un malestar inédito, propio de nuestra época.

En este sentido, los filtros permiten observar cómo se articulan hoy la falta y el deseo: no sería a partir de la aceptación de la incompletud, sino mediante intentos de borramiento de aquello que marca la diferencia entre los sujetos. Sobre el registro imaginario, el uso de filtros opera como un modelo, no como los Ideales que sostenían antes, como señala Pommier (2000): "delante nuestro siempre hubo algo virtual que teníamos que actualizar. Lo virtual era el combustible que nos animaba. Ahora lo virtual está a nuestra disposición gracias a la máquina: nos dirige como el espejo de Dios a los ángeles" (p. 34). Ya que, para que un modelo funcione tiene que haber un tercero, un punto de referencia que funda ese ideal (con las redes sociales, se busca además homogeneizar el alcance a ese modelo que antes parecía incluso imposible).

Como vimos, en la actualidad no está muy claro cuál es ese tercero: la juventud, la belleza, o el borramiento del paso del tiempo. Sin marcas, no hay historia. Este borramiento produce un efecto particular sobre la trama simbólica: achica la distancia entre S1 y S2, entre el significante que nombra y el sentido que forma cadena. Al navegar en las redes sociales, nada termina de inscribirse completamente. No hay tiempo —ni real ni metafórico— para que el sujeto se sitúe o pueda registrar sus acontecimientos.

Hoy en día, la imagen filtrada funciona como un significante en sí mismo: se impone, define la percepción del propio cuerpo, promueve una lectura del yo de ideales prefabricados. En apariencia, estos objetos, los filtros como lethouses, prometen completud. Al final, producen un falso bienestar. El malestar no se apaga con bienestar, sino con un saber hacer con eso que constituye al sujeto desde su núcleo más íntimo, su deseo.

Desde la lógica del psicoanálisis, su lectura permite develar un síntoma contemporáneo, aquello que disimula las marcas del tiempo, las huellas de historia, el signo del deseo. Es decir, estas operaciones sobre la imagen son, en definitiva, operaciones sobre el deseo. Tal vez, como sugiere Pommier (2000) al reflexionar sobre un *cuerpo sin ideales*, el cuerpo filtrado es un cuerpo despojado de su inscripción simbólica. Un cuerpo sin tiempo, sin arrugas, sin huellas. Un cuerpo ideal, pero sin ideales.

La pregunta que aparece entonces, no es si los filtros producen malestar, sino qué hacen con el malestar que ya está ahí. ¿Lo borran? ¿Lo enmascaran? ¿Lo devuelven bajo nuevas formas? Y sobre todo: ¿qué lugar deja este dispositivo para que el sujeto, con su historia y su deseo, encuentre un modo singular de alojarse en el mundo?

En la tensión entre exceso de exposición y ocultamiento se juega una paradoja: mostrarse cada vez más y, al mismo tiempo, sentirse cada vez menos reconocido en lo propio. De lo que se trata no es simplemente de *verse mejor*, sino de una puesta en escena del ser para el Otro, un modo de a-parecer en los significantes sociales, es decir, la posibilidad de existir en la Alethosphere, ese espacio producido por el hombre y la ciencia, donde la verdad de la imagen es recortada, trastocada, y mediada por algoritmos y tendencias. En este marco, la distancia entre el yo actual y ese yo ideal construido por los filtros no es un problema en sí mismo; es condición de posibilidad del deseo, ya que el

deseo no nace de la completud, sino de la falta. Esta distancia —estructural, necesaria— es motor de la cultura, como lo fue siempre el Ideal del Yo en la constitución psíquica.

Los filtros, podríamos decir que disimulan *lo que incomoda*, dejando por fuera lo más real y propio de cada cuerpo, aquello que nos diferencia. Desde la lógica del psicoanálisis, el desafío sería hacer de esa distancia no un abismo de angustia, sino un espacio de nueva creación simbólica, salirse del espejismo. Al decir de Ferreyra (2016): “la verdad, con relación al psicoanálisis, no parece referirse a la coincidencia entre verdad y realidad, como es el caso de la ciencia” (p. 99). Al respecto, se agrega que Lacan advierte que es fundamental que los gadgets de la ciencia (la tv, viaje a la luna, etc.) tengan su lugar, que tengan ese valor de velamiento, ocultamiento de la verdad, como sucede con las lathouses, porque precisamente esto permite hacer posible que el sujeto exista como dividido. Esta es justamente la función ilusoria de los filtros, de taponar, de que algo pueda no ser dicho, como observamos a lo largo del ensayo.

A modo conclusivo, no se trata de reforzar la ilusión de completud ni de denunciar que esas imágenes son totalmente falsas, sino de leer lo que ese exceso de veladuras dicen sobre el deseo: lo singular, aquello que diferencia y testimonia la historia propia — una marca, una sombra—, que se vuelve rápidamente objeto de corrección en el mundo virtual. La diferencia entre aquello embellecido y el “yo actual” (real, inacabado) sería lo que puede mantener en movimiento el deseo.

En síntesis, la homogeneización que producen los filtros puede pensarse como un enmarcado: “un espejo no se extiende hasta el infinito, tiene límites. Un cuadro que se sitúa en el marco de una ventana” (Lacan, 2006, pp. 84-85). De la misma manera, las redes sociales imponen marcos que encuadran según ideales ya estandarizados. Lo que se busca es ser reconocido, pero lo que se obtiene es parcial, por encajar con ideales ya marcados previamente. Allí podría residir el núcleo del malestar: en la paradoja de ser visto más “perfecto” y, al mismo tiempo, sentirse menos verdadero. En última instancia, Lacan (2006) recuerda que “el Otro concierne a mi deseo en la medida de lo que le falta” (p. 32).

El uso de filtros permite leer un modo contemporáneo de sostener el cuerpo allí donde los ideales se encuentran reprimidos, tal como plantea Pommier en *El cuerpo en la posmodernidad* (1993); ya que no se sabe qué es el cuerpo: solo es posible tener una idea de él, siempre fragmentaria, siempre mediada por ficciones. Estas ficciones cumplen la función de anudar lo imaginario y lo simbólico, permitiendo que el cuerpo se sitúe.

Al borrar las marcas del tiempo, de la historia y de la diferencia, las ficciones construyen un cuerpo idealizado que parece garantizar reconocimiento, pero que debilita la inscripción simbólica necesaria para que el sujeto se sostenga como sujeto dividido y deseante. Desde aquí, se propone una lectura distinta: interrogar esas ficciones, para preguntarnos qué lugar dejan para el ser del sujeto. Tal vez el desafío actual sea encontrar modos singulares de habitar el cuerpo sin borrar sus marcas, su historia y su deseo.

Queda abierto, entonces, el interrogante por las ficciones que hoy permiten —o impiden— que cada persona pueda alojarse en el mundo con su deseo, su historia y su falta. Al decir de Pommier: “esto permite reducir las ficciones de masas, las religiones y todas las demás ficciones de masas, a ficciones individuales, lo que constituye un trabajo de desmitificación muy considerable que puede y que el psicoanálisis debe hacer” (1993, p. 160).

Referencias bibliográficas

- Alomo, M. (2015). Lazos sociales contemporáneos y capitalismo: el analista en un mundo de "letosas". *Desde el Jardín de Freud*, 15, 163–175. <https://doi.org/10.15446/dfj.n15.50498>
- Berger, J. (1972). *Modos de ver* [Serie documental]. BBC.
- Berri, P., & Góngora, V. (2021). Imagen corporal positiva y redes sociales en población adulta del área metropolitana de Buenos Aires. *Ciencias Psicológicas*, 15(1), e2398. <https://doi.org/10.22235/cp.v15i1.2398>
- Blasco, J. M. (1993). El estadio del espejo: Introducción a la teoría del yo en Lacan [Conferencia leída el 22 de octubre de 1992]. EP BCN. <https://www.epbcn.com/textos/2005/12/el-estadio-del-espejo/>
- Borgetto, A. (2022). Instagram y su influencia en la imagen corporal de mujeres jóvenes de la ciudad de Paraná [Tesis de grado, Pontificia Universidad Católica Argentina. Facultad Teresa de Ávila]. Repositorio Institucional UCA. <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/15827>
- Evans, D. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.
- Ferreira Akerman, L., & Callegaro, J. (2022). ¿El contenido accesado importa? Redes sociales e (in)satisfacción corporal: Análisis de moderación. *Psicología: Reflexão e Crítica*, 35, 29. <https://doi.org/10.1590/1982-4327e3229>
- Ferreyra, N. (2016). *Alethosphère: Ensayos sobre la verdad y el sujeto contemporáneo*. Grama Ediciones.
- Filter Maker. (2020). *Creación de filtros y efectos en redes sociales*. <https://filtermaker.fr/es/creacion-filtro-redes-sociales/>
- Freud, S. (2013). "Malestar en la cultura" (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas, Vol. XXII*. Siglo Veintiuno.
- Lacan, J. (1981). *El seminario. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)* (J. A. Miller, Ed.; D. Rabinovich, Trad.). Paidós.
- Lacan, J. (1983). *El seminario. Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica (1954-1955)* (J. A. Miller, Ed.; D. Rabinovich, Trad.). Paidós.
- Lacan, J. (1992). *El seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis (1969-1970)* (J. A. Miller, Ed.; D. Rabinovich, Trad.). Paidós.
- Lacan, J. (2006). *El seminario. Libro 10: La angustia (1962-1963)* (J. A. Miller, Ed.; D. Rabinovich, Trad.). Paidós.
- Mota Leyva, G. (2023). Relaciones psicóticas en la era de la posverdad: Neurosis narcisista y redes sociales, hacia una virtualidad yoica. *Psicología y Educación*. <https://ri-ng.uaq.mx/handle/123456789/7935>
- Murillo Agudelo, A. (2022). Influencia de las redes sociales en el autoconcepto físico en adolescentes, 2021-2022 [Tesis de grado, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional UdeA. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/32816>
- Perisutti, D. (2018). La construcción identitaria en el espacio digital: Instagram y sus universos simbólicos [Tesis de grado, Universidad Nacional de Rosario]. Repositorio Hipermedial UNR. <https://rephip.unr.edu.ar/handle/2133/14024>
- Pommier, G. (1993). El cuerpo en la posmodernidad. En R. Harari, C. Millot, G. Levy, J. Milano, A. Salafia, L. Corbalán Szichman, O. Scopa, Z. Pinasco, C. Khammar, O. Arribas, E. Millán, D. Halfon-Laksman, P. Gherovich, R. Levy, R. Appel, C. Quiroga, C. Robbins, N. Ferreyra & G. Pommier (Eds.), *El cuerpo: El psicoanálisis frente al orden biológico. Coloquio internacional* (pp. 155–160). Kliné.
- Pommier, G. (2000). *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*. Ediciones Nueva Visión.
- Vergara González, L. (2020). Imagen corporal y redes sociales en jóvenes de sexo femenino en etapa de adolescencia temprana [Tesis de grado, Universidad de Chile]. Repositorio UChile. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/176181>